

Prólogo

OIA, GALICIA
PRIMAVERA DE 1536

EL PRIMERO que descubrió los cuerpos sobre la arena fue el padre Gregorio, el herbolario. El monje gustaba de la soledad de la madrugada. Solía aprovechar las primeras horas del día, entre laudes y prima, para recorrer los alrededores del monasterio con la excusa de recoger hierbas con las que abastecer su botica. Eran horas serenas, en las que la mente fresca podía divagar sobre lo humano y lo divino sin temor, pues el alba ahuyenta las tinieblas y aleja los espantos de la noche.

Aquel día se había levantado más temprano de lo habitual. Estaba ya bien entrada la primavera, sería por san Marcos, pero aún los días amanecían frescos, por lo que se arrebujaba en su hábito y vestía, por encima, la cogulla con la capucha puesta. Franqueó los muros que cerraban el monasterio por un portillo lateral que se abría tras la huerta. Más allá, un sendero descendía hacia la cercana caleta. Las tinieblas dominaban gran parte del cielo y sólo por el este, tras la barrera montañosa de la Groba, comenzaba a insinuarse algo de claridad.

Se detuvo a respirar el aire salobre. Había llovido por la noche y la atmósfera tenía sabor a mar revuelta y savia nueva. Un estruendo de gaviotas rompía la quietud de la amanecida y hablaba de tormentas en el seno de las aguas. Contempló las evoluciones nerviosas de las aves mientras bajaba hacia la ensenada, una reducida lengua de arena flanqueada por las abruptas rocas del rompiente.

La cruz de ceniza

Nada más pisar la playa se dio cuenta de que algo había sucedido. Aquí y allá, desperdigados por la marea, yacían los restos desmadejados de un naufragio: maderas, sogas, barriles..., sombras inertes, como cachalotes varados a la luz escasa del alba. Avanzó en la penumbra, deteniéndose de cuando en cuando por ver si reconocía entre los despojos alguna pista sobre lo acaecido. Quizá el desastre hubiera sido causado por la tormenta. La costa de Oia era escarpada, de bajíos traicioneros y afiladas rocas ocultas apenas bajo una lámina de agua. Aunque también podía ser, pensó, que la tragedia hubiera sido provocada por la mano del hombre.

No eran tiempos de paz. Desde que aquel infausto monje alemán, Lutero, vomitara su bilis contra la faz de la Iglesia, la marea de la herejía se abatía sobre la antes católica Europa y por doquier surgían falsos profetas como verrugas infectas sobre la piel de la cristiandad. Muchos nobles y ciudades, viendo la oportunidad de sacudirse el yugo de la autoridad imperial de don Carlos el Quinto, alzaban la bandera de la religión reformada en una absurda guerra que parecía no tener fin. Por si no fuera suficiente, dos meses atrás el francés había atacado Saboya e iniciado la tercera de sus guerras contra el Emperador. Los mares estaban infestados de navíos franceses armados en corso que acechaban cualquier oportunidad para llenar sus bodegas con las codiciadas mercancías que llegaban de Flandes.

Se había agachado para examinar unas cabillas del cordaje cuando un bulto llamó su atención. Estaba parcialmente oculto por unas rocas, cerca de la orilla, lo que explicaba que no lo hubiera visto antes. Semejaba el cuerpo de un hombre.

No uno sino dos eran los cuerpos que yacían desmadejados contra un peñasco. El primero era un hombre de unos cuarenta años, quizá más, pues su pelo largo y enmarañado estaba totalmente blanco. No lo había visto nunca. Tenía un rostro afilado y su figura más parecía de espantapájaros quebrantado que de humana criatura, a juzgar por lo delgado y retorcido que estaba.

Apoyado contra él, como si el hombre hubiera querido protegerlo de la furia de la mar, un niño de nueve o diez años tiritaba de frío. Llevaba unos calzones largos y una camisa de lienzo muy maltratada y su rostro, aun en aquellas condiciones, era de facciones hermosas y bien proporcionadas.

Al descubrir al monje, el chico se abrazó al cuerpo inerme que yacía a su lado. Fue en ese instante cuando su mirada pareció desvariar, como si la mente agotada renunciase a seguir sosteniendo las rien-

Fran Zabaleta y Luis Astorga

das de la cordura. En apenas un segundo atravesaron la máscara del rostro mil emociones distintas que pugnaban entre sí por escapar. Lo que vio el padre Gregorio en aquel semblante sólo mucho después sería capaz de ponerlo en palabras, ayudado por el sosiego que da el tiempo a los recuerdos, pues por aquellos ojos infantiles pasó una tormenta en un santiamén, un torbellino de temor y rabia y angustia, un enflaquecimiento y una sabiduría tan impropia del frágil cuerpo del infante que el fraile supo, sin asomo de dudas, que aquella criatura había visto y padecido mucho más en sus pocos años que otros en luengas vidas.

El monje se quedó paralizado al sentir aquella mirada, que le golpeó como si de un puño se tratara. El chico, aun sucio y empapado, con el salitre y la arena comiéndole las heridas, aun con el gesto alucinado del que ve mundos invisibles, más semejaba fiera acorralada que náufrago consumido. Sonrió el fraile con dulzura y avanzó lentamente las palmas de las manos hacia el muchacho, para que se las viera desnudas y así tranquilizarle. Comenzó a hablar en voz baja, casi susurrando, que su voz se perdía entre el murmullo de las olas y se confundía con ellas. El chico le observó con recelo. Así estuvieron un buen rato, como cazador y presa que se estudian mutuamente. Al cabo, el fraile se acordó de un mendrugo de pan que llevaba en un saquillo del hábito e iba a sacarlo para ofrecerlo, cuando de la garganta del otro náufrago escaparon unos gemidos.

El niño se volvió hacia su compañero y comenzó a acariciarle la frente y los cabellos mientras murmuraba un nombre, Baltasar, aunque pronunciado con una entonación extraña, como si aquellos dos fueran extranjeros.

—Ésa es la cosecha del *Can do mar*.

Se volvió el fraile. A unos pocos pasos le observaban un pescador del coto y su hijo.

—El hombre está malherido —dijo Gregorio al cabo. Y luego, dirigiéndose al chiquillo—: Acércate al pueblo y avisa a los hombres para que vengan a ayudarnos.

Salió el mozo hacia el pueblo y quedaron solos el fraile y el pescador.

—Ayer por la noche se escuchó aullar al *Can do mar* —insistió el pescador.

Gregorio se volvió hacia los náufragos con semblante preocupado. El niño había dejado de moverse y parecía haberse quedado dormido sobre el pecho del compañero. El fraile sabía lo que significaban las palabras del pescador. El *Can do mar* era un perro mítico, un ser infernal,

La cruz de ceniza

negro como el alma de los condenados, que salía del mar en las noches oscuras. Su aullido era aviso de muertes y desgracias. Si la noticia se extendía, los náufragos no iban a ser bien recibidos en el coto.

—Sería un lobo —decidió, tras un momento, sin apartar la vista del pescador—. Hay muchos por estos montes.

El pescador se quedó callado un buen rato.

—Sería —dijo al fin.

Cargaron el cuerpo del adulto entre tres o cuatro pescadores y comenzaron a subirlo hacia el monasterio. No fue tarea fácil, pues aunque la distancia era corta y pesaba poco, parecía malherido y la menor brusquedad en los movimientos provocaba en él gemidos de dolor. Había abierto los ojos y se dejaba hacer, como si su mente estuviera muy lejos de aquellos brazos que le transportaban. En verdad, su aspecto, aun descoyuntado y envuelto en harapos, semejava el de un asceta tocado por la mano de Dios. Tenía unos ojos grandes y de mirada dulce y un talle tan largo y delgado que parecía milagro le cupiesen dentro los órganos de los mortales.

La noticia del naufragio ya se había extendido y muchas mujeres y niños se acercaban a curiosear. Al llegar a la puerta del monasterio, toda la comunidad ya conocía la nueva. Un revuelo de hábitos blancos, de palomas asustadas, los recibió en la entrada. Se arracimaron los monjes en torno a los heridos y un coro de exclamaciones apagadas salió del grupo.

El herbolario iba a pedir a los frailes que abriesen paso cuando se hizo el silencio en el patio. En la puerta de la iglesia acababa de aparecer el padre prior. El grupo de campesinos y pescadores retrocedió al darse cuenta de su presencia y los hombres se descubrieron en actitud sumisa.

El prior frunció el ceño. Muchos de los monjes habían acudido al vuelo, atraídos por las novedades, sin tiempo ni voluntad para componer sus figuras: barbas sin afeitar, hábitos sucios, cabezas desnudas. Algunos hermanos ni siquiera llevaban hábito y vestían calzones y camisas de lienzo más propias de campesinos que de hombres de religión.

—No deberíais retrasar más vuestras atenciones a esos desventurados, padre Gregorio —habló al fin—. Sin duda, no están por el momento en condiciones de satisfacer la curiosidad de nuestros hermanos.

Comenzó a girarse para regresar a la iglesia, pero detuvo el movimiento a medio camino y abarcó con la mirada el grupo de monjes y villanos. Su rostro se crispó con una mueca de desagrado:

Juan Zabaleta y Luis Astorga

—Deberíamos ofrecer todos juntos nuestras plegarias por el pronto restablecimiento de los dolientes. Como decía Orígenes, uno de los grandes doctores de nuestra santa Iglesia, hacen falta lágrimas y oraciones para que el Señor abra los ojos.

Se volvió y, sin esperar a que nadie le siguiese, penetró en la iglesia.